



Cubierta de *El espejo de tinta* de Andrés Sánchez Robayna.

- SANCHEZ ROBAYNA, Andrés. *El espejo de tinta (Antología 1970-2010)*; edición de José Francisco Ruiz Casanova. Madrid: Cátedra, 2012 (Letras Hispánicas).

ANDRÉS SÁNCHEZ ROBAYNA (GRAN CANARIA, 1952) editó en Barcelona en 1976, en colaboración con Alfonso Sard y Carlos Eduardo Pinto, la revista *Literradura*, que defendía una actitud radical ante el arte y la literatura modernos en línea con las tendencias neovanguardistas. Esa toma de posición, que habría de caracterizar su creación poética y su labor ensayística, se oponía a las tendencias realistas y testimoniales dominantes desde la gran crisis histórica de las décadas de 1930 y de 1940, y defendía el valor de la rica y plural herencia de la modernidad. Esa opción fue asumida por Sánchez Robayna con conciencia de que se enfrentaba a una situación cultural de largo y profundo arraigo en la literatura española.

La presente antología, *El espejo de tinta*, muestra que esa orientación estética de Sánchez Robayna estaba ya presente en su primer libro, *Clima* (publicado en 1978). La escritura lírica aparecía aquí definida como una indagación radical, por un lado, en una teleología de lo insular, al abrirse hacia el paisaje de Canarias; pero también contribuía a este designio su intensa dedicación al estudio de los poetas canarios y a la reflexión sobre el signo mismo de la insularidad en la obra de aquellos poetas.

Y, por otro lado, la poesía del autor se caracterizaba como una indagación radical en una poética de la palabra, a través de una escritura que se reflejaba en su propio

hacerse; y esta radicalidad y modernidad se mostró asimismo en sus traducciones poéticas y en los ensayos publicados entonces sobre autores tales como Góngora, Francis Ponge, Jorge Guillén, Giuseppe Ungaretti, Octavio Paz y Haroldo de Campos. Con esto, quedó definida una escritura que se alejaba notablemente de las formas dominantes en la poesía española de la época.

Así, en *Clima*, en el poema «Lectura insular», la primera sección, titulada «La palmera entra en el mar matinal», está formada por estos versos, en que el mirar y el decir están mediatizados por la conciencia en su propia acción: «Antes de ver el mar que ensombrecen las nubes / la mente dispone su propio oleaje // palmeras que renacen húmedas / para crear de nuevo el aire matinal...».

En la misma línea de ese primer libro, Sánchez Robayna publicó en 1981 *Tinta*. La imagen clásica del mundo visto como un lenguaje se convertía en visión básica estructurante de los poemas de este libro, con el efecto de la disipación del sujeto. Así, leemos en el poema en prosa titulado «El espejo de tinta»: «En el mar del papel la luz extinta llama a otro mar que anochece súbitamente nubes papel manchado hoja núbil del aire escritura del agua olalínea que escribe en la mancha de la luz que se extingue entre aves dormidas y rocas recortadas por la línea olalínea en que flotan estrellas...».

Un tercer libro de poemas, *La roca*, completaba y culminaba en 1984 una primera fase en el proceso de la escritura lírica de Sánchez Robayna. Al quedar agrupados los tres primeros libros del autor en el volumen *Poemas* en 1987, ofrecían, en efecto, un aspecto de libro unitario, en el que la poesía se planteaba como crítica sobre el propio ser del lenguaje y su relación con el mundo, sobre el lenguaje y su relación con el cuerpo que (se) escribe, sobre la composición misma del poema...

En 1989 ciertos elementos de una nueva entrega, *Palmas sobre la losa fría*, revelaban diferencias respecto de los libros anteriores, entre ellas el uso de la puntuación y la versificación regular, así como la presencia de una clara

dimensión meditativa y cierta narratividad. Por lo demás, en estos poemas, quizá de una mayor densidad metafísica, la memoria adquiriría notable importancia y la muerte llegaba a tener constante presencia. El libro queda representado en esta antología, junto con otros poemas largos, por el breve e intenso «Estrofa»:

El viento en las palmeras de la playa
abre los ramos silenciosos. Viste
el centelleo junto a las laderas,
el aire ardiente en bóvedas de luz.

Adónde, brisa negra,
aguas resplandecientes,
soplo de octubre, adónde,
cavada luz que es todo nuestro rostro.

Los nuevos aspectos de *Palmas sobre la losa fría* alcanzaron mayor desarrollo en los siguientes libros del poeta: *Fuego blanco* (1992), *Sobre una piedra extrema* (1995) e *Inscripciones* (1999). El conjunto de estos cuatro títulos venía a constituir una segunda época de la poesía del autor, que, por todo lo señalado, quedaba notablemente ampliada con nuevos planos y diversificada con nuevas referencias.

La escritura poética de Sánchez Robayna ha tomado en diversas ocasiones la forma de un diálogo creador con distintos pintores, todos ellos caracterizados por una obra plástica de aspiración decididamente moderna, de dimensión también *poética* y de una notable densidad conceptual. Como muestra de ese diálogo figuran en *Palmas sobre la losa fría* poemas tales como «El resplandor» y «Obediencia El volcán» (resultado de sus colaboraciones con Vicente Rojo), y «Para la llama de una vela» (sugerido por la obra de Luis Fernández).

Un nuevo cambio en la escritura del autor quedó apuntado en *El libro, tras la duna*, largo poema unitario de carácter autobiográfico, aparecido en 2002. Formado por setenta y siete fragmentos, el poema, el libro que se hace, aun teniendo una indudable dimensión narrativa, no traza un relato que conduzca hacia un desenlace, pues el autor sabe

que «la línea inicial es un comienzo / y la línea final es un comienzo». En su hacerse, la vida va trazando una vía, tejiendo una historia, deletreando un texto:

En el curso mudable de los días
un lenguaje de sílabas secretas
se formaba, una trama, una red negra.
Un libro, no visible, iba escribiéndose...

En la misma vía de colaboración con pintores practicada desde mucho tiempo antes, han ido quedando a lo largo de los últimos años (después de *El libro, tras la duna*) sucesivos trabajos del poeta con Antoni Tàpies (*Sobre una confidencia del mar griego*, 2005), con José Manuel Broto (*En el centro de un círculo de islas*, 2007) y con José María Sicilia (*Reflejos en el día de año nuevo*, 2008). Estas tres colaboraciones se integraron, en 2010, en el libro *La sombra y la apariencia* junto a otros poemas.

La lectura de este libro de poemas como la del libro de ensayos *Deseo, imagen, lugar de la palabra* (de 2008) muestra cómo la actividad creadora de Sánchez Robayna no sólo se ha nutrido de una constante atención a la pintura, sino que también se ha enriquecido con incitaciones tomadas de diversas tradiciones culturales y ha recibido distintas sugerencias de otros espacios, que son al tiempo paisajes físicos y paisajes de cultura como las islas griegas. Así, en «Sobre una confidencia del mar griego» el poeta puede contemplar la llegada del nuevo día como una aurora genesiaca que hace visibles las divinidades antiguas:

Y poco a poco el sol, en su dominio,
se adueñó de las aguas, y dio sombra
a la espuma, creó la oquedad de las olas.

Desplomadas, las olas repentinas
saludaban al sol, y renacían.
Altas lumbres danzaban en el mar estival.

Los dioses sonreían en las aguas brillantes.
No mueran esos dioses. Que sonrían,
en lo eterno, y el mar sea su sonrisa.

Se enriquece esta antología de la obra poética de Sánchez Robayna con una selección de sus observaciones aforísticas sobre la esencia de la poesía, tomadas de sus diarios publicados (*La inminencia*, de 1996, y *Días y mitos*, de 2002) y de los inéditos. Estas breves prosas *complementarias* confirman que para el autor no sólo la creación lírica se genera en el *espejo de tinta* del lenguaje, sino que también ese trabajo creador se mira en el espejo de una intensa y lúcida escritura reflexiva en busca de su sentido.